

Eduardo Wilde desde Bruselas, la ciudad donde se extinguió su existencia

Por

CÉSAR TIEMPO

El 5 de setiembre de 1913 hizo un calor sofocante en Bruselas. El verano preparaba febrilmente sus maletas en vísperas de partir hacia otras tierras. La tarde afinaba sus cuchillos azules en las copas de los rododendros. De la estación del Norte partían los trencitos empenachados de humo, sembrando ruido y cenizas, rumbo al mar, conduciendo perplejos viajeros, ávidos de una ración de viento revivificante. A horcajadas de su velocípedo un muchacho cruzaba la avenida Louise con su carga olorosa a tinta de imprenta de ejemplares de LE SOR. En ese momento, por primera vez, se encendía una lámpara eléctrica, en Mons, una de las pocas ciudades de Bélgica que carecía de ese servicio. Rubén Darío estaba en Gante con un par de amigos extasiado ante el políptico del Cordero, de Van Eyck. Camille Lemonnier, el poderoso y tumultuoso novelista de *Un Mâle*, ganaba como el Cid batallas póstumas: resistido por la crítica de su propio país, a escasos meses de su desaparición su obra empieza a difundirse en Francia e Inglaterra y esa misma mañana del 5 de setiembre Bernard Shaw firma un comentario entusiasta en THE SATURDAY REVIEW. La reina Elisabeth acaba de cumplir 37 años y Wiertz, a instancias del Rey, empieza su retrato. El poeta Verhaeren, que abandonó su almandarache de Caillouqui - Bique para encontrarse con Stefan Zweif en Bruselas, entraba a una librería del boulevard Anspach. A pocos pasos de allí, ese mismo día de árboles inmóviles y cielo fulgurante, se extinguía la existencia de Eduardo Wilde, uno de los nueve argentinos que residían en Bruselas por ese entonces. Es hora de que alguien diga aquí, donde el gran

escritor cerró los ojos a la luz, quien era ese hombre inquieto y genial que entró a la vida por Tupiza y terminó sus días en la patria de Palfyn, el inventor del fórceps.

En un medio menos tornadizo, con buena memoria para los servidores de la República, con más apego a la verdad de los hechos y a la autenticidad de la obra, Eduardo Wilde figuraría en el friso de sus figuras representativas. Pero quienes hacen la historia no la escriben. Y quienes la escriben confunden, por lo general, los depósitos de tradición, pasado muerto, con la historia misma, pasado redivivo, y pretenden ver a los hombres significativos no en función de su espíritu sino dentro de categorías aprisionadoras de ese espíritu. La tradición crea los mitos; la historia autentifica los valores y las categorías. Pero, a veces, por circunstancias especiales, desordena inicuamente las jerarquías y se aferra a las supersticiones con miedo de intentar la disputa de las ideas pasibles de comprometer una situación. Así nos escamotearon a este prócer enemigo de toda solemnidad. Wilde sabía reír. Las estatuas no ríen. Florencio Escardó, médico y humorista de la raza del autor de *El hipo* descubrió la calle Eduardo Wilde, *una callejuela cortada, sin veredas ni pavimento, de ochenta metros de extensión, flanqueada de aguas estancadas en un andurrial escondido; calleja que hay que ir a buscar expresamente para sentir la sangre afluir a la piel de la cara.*

Quizá haya llegado el momento de recordar a este argentino perspicuo y sonriente, de pie sobre el paisaje de una obra increíble. No sólo deberían leerse sus libros sino la prensa del año 1884 y aún la de los años subsiguientes, que aplaudió y combatió sus iniciativas de hombre de gobierno. Wilde fue dueño de una naturaleza tímida; su timidez le abrió las puertas del triunfo. Lástima que le faltase la celosa obstinación de la lluvia, que le habría abierto las puertas de la inmortalidad. Pero, ¿en qué consiste la inmortalidad?

Desde el momento que lo estamos recordando a medio siglo de su muerte significa en cierto modo que Eduardo Wilde sigue viviendo. Por otra parte, los argentinos le deben no pocas cosas extraordinarias y un acreedor de la extraordinaria simpatía de Wilde no puede tener,

Eduardo Wilde desde Bruselas

como diría Bernardo Horrhach, el acre hedor de los acreedores tradicionales. Gracias al autor de *Aguas abajo* nos hemos ganado el derecho de ser incorporados a la mejor literatura mundial, pues su obra es la obra del primer humorista genuino, nada prefabricado como la mayoría de los humoristas, que tuvo la América de habla hispana. También nos hemos ganado el derecho de ser señalados en el díscono concierto de las naciones más evolucionadas al proyectar y hacer sancionar la ley de educación y el matrimonio civil. Y aún más: la salubridad de la ciudad de Buenos Aires. Gracias a Wilde, a quien no hay que confundir con Oscar —que nació doce años más tarde que Eduardo y murió trece años antes—, gracias al Wilde criollo, repetimos, desaparecieron definitivamente las epidemias que diezaban la población argentina, y la red de obras sanitarias por él planeada situó a la capital de la República entre las ciudades más sanas del mundo. Y sin embargo no existe una avenida que perpetúe su nombre, ni un monumento que perpetúe su figura, ni se le menciona en las cseuelas junto a Rivadavia o Sarmiento, con quienes su genio puede codearse familiarmente; no sabemos, en suma, que se le rinda el homenaje con que se zangolotea la memoria de tantos figurones encaramados sobre la falsificación y el simulacro, el homenaje que merece una obra impar, una conducta intachable y un alma transparente.

Con la primera Escuela Normal establecida en Córdoba, subordinada al régimen de enseñanza impuesto por el gobierno de Roca, se desató el vendaval de la intolerancia. Un digno discípulo de Savonarola inició sus ataques contra Eduardo Wilde tildándolo de meteco, nombre que se daba peyorativamente, en Atenas, a los extranjeros. Como bien lo señalara Aníbal Ponce, Wilde no tuvo el mérito ni la culpa de entrar en el mundo por Tupiza, la ciudad boliviana donde se refugiaron sus padres, que a la sazón residían en Salta, huyendo de Rosas. Su padre, Diego Wellesley Wilde era inglés de origen y argentino de adopción, en tanto que su madre, Visitación Gareía, era hermana menor de aquella intrépida tucumana legendaria que robó en la plaza de Tucumán la cabeza degollada de Marco Avellaneda. Eduardo fue argentino como tantos otros compatriotas que nacieron

fuera del país cuando la dispersión provocada por la tiranía. Por otra parte es bien sabido que tanto como la raza, influye la tierra donde el individuo vive y se desarrolla en su formación biológica y psicológica, y que si bien Wilde era argentino por establecerlo explícitamente la Constitución Nacional al reconocer como tales a todos los hijos de proscriptos, lo fue doblemente por su íntima y entrañable identificación con el país al que entregó toda su vida y toda su inteligencia creadora. Pero hombre acostumbrado a ocultar sus reacciones y sus emociones tras una sonrisa displicente de gran señor, no salió nunca al encuentro de quienes lo atacaban. Pudo desarmar al energúmeno cordobés diciéndole sencillamente que era paisano de Cornelio Saavedra, natural de Potosí, y presidente de la Primera Junta de gobierno, de cuyas ideas podía disentirse, pero cuyo patriotismo nadie podía poner en duda. Y, extremando el argumento, ofrecer el ejemplo de un hombre profundamente asimilado al país como el maestro Blas Parera, el músico natural de Cataluña que compuso el Himno Nacional Argentino, cuya letra pertenece al benemérito Vicente López y Planes, dos apellidos de prístina filiación española. Nacer argentino como nacer francés, salvadoreño, griego o mejicano es un acontecimiento del que no participa la voluntad y no confiere al beneficiario otras prerrogativas que las que podrá obtener oportunamente con su talento, si lo tiene, y con su obra si la realiza. Nacer argentino, mejicano, colombiano, salvadoreño o uruguayo es un honor, efectivamente, pero sobre todo es tener conciencia de que el individuo es indivisible de la dignidad del país. Porque uno es el acto de nacer, que pertenece a la fisiología, y otro el de ser, que pertenece al espíritu y a la razón. Uno el acto de crecer por fuera, y otro el de crecer por dentro, mental y sentimentalmente. Uno, ser y otro, llegar a ser. Ventura de la Vega, nacido en Buenos Aires, fue un español por los costados más sensibles y aprehensibles del ser; por su obra y por su alma. Eduardo Wilde, nacido en Bolivia, fue un argentino por donde se le hubiese querido buscar. Argentino y hasta porteño si se sutaliza el análisis. Borges lo ubica espiritualmente en el barrio de Monserrat, en un en-

Eduardo Wilde desde Bruselas

sayo que escribió a mis instancias como prólogo a una reedición de *Aguas muertas*.

Eduardo Wilde perteneció a esa generación de argentinos que encontraron su orden en la dispersión. Fue médico, periodista, ministro del Interior, ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, presidente del Departamento Nacional de Higiene, ministro plenipotenciario en Bélgica y España, delegado a congresos científicos internacionales, pero sobre todo escritor, siempre escritor. Terminaba de redactar una página centelleante y corría al hospital o a la Casa de Gobierno. Estudiante de medicina, su tesis de doctorado versa sobre el hipo. *Wilde pone en su punto exacto*, señala Escardó, *y no movido desde entonces, al hipo como accidente respiratorio y no digestivo como se creía. Su interpretación patogénica es seria y rigurosa; su método expositivo impecable; todo lo esencial de su talento está en esa tesis que los estudiantes deberían releer para no suponerla una obra humorística*. Wilde escribió seriamente sobre un tema de apariencias cómicas como si hubiera querido desquitarse por anticipado de las veces que escribió festivamente sobre tantos temas de apariencias dramáticas. Uno de sus libros se titula *Páginas muertas*. Incluye una interpretación personal de *Pablo y Virginia* que es un modelo de gracia. Siendo ministro escribe sobre las cartas de recomendación una requisitoria divertidísima. Luego va al hospital y llora ante las criaturas laceradas. Después le pedirá a su amigo —y adversario político— Pedro Goyena, que no lo maltrate llamándolo poeta...

Es un realista y un romántico. Sabe que Rómulo y Remo fueron amamantados por Acca Larentia, *la lupa*, y no por una loba. El nombre de su guarida a orillas del Tiber —lupanar— fue consagrado como sinónimo culto. A Wilde le preocupó saber que las ciudades dejadas de las manos de Dios empezaron en santuarios, y Roma, la ciudad santa, comenzó históricamente con *la lupa*... Como siempre. También la historia de los grandes santos es, por lo común, una historia de horribles pecados redimidos por el sacrificio. Pecador él mismo, Eduardo Wilde gozaba de la vida con un pirronismo sin complicaciones. Describía su entorno tal cual era, pero lo vivía tal cual qui-

siera que fuese. Fue un hombre de talento, señaló oportunamente Enrique Méndez Calzada, que casi nunca le exigió a su talento todo lo que él podía darle, acaso porque creyó que en el medio que actuaba no le hacía falta para descollar. Wilde se impuso con facilidad. Pudo dominar el ambiente intelectual de Buenos Aires por la sola acción de una inteligencia fina como pocas, una inteligencia que no necesitaba esforzarse para sobresalir. Cuando Joubert afirmó que un pasado de privaciones y un presente de bienestar es lo que hace un escritor, no pensó seguramente en Eduardo Wilde que, por el contrario, conoció dificultades no al comienzo de su carrera sino en las postrimerías de la misma. Y no dificultades de orden económico precisamente. Si se vio privado de algo fue de obstinación para perseverar en su disciplina de escritor, de espíritu de lucha para combatir no la mojigatería y el trogloditismo de *la gran aldea*, sino a los mojigatos y trogloditas conjurados para zaherirlo con su resentimiento. ¡Quién sabe si la piedra que partió el frente del general Roca el 10 de mayo de 1886 no iba dirigida contra él, que estaba a su lado, a quien cupo sostenerlo con su pecho como sostuvo con su inteligencia la obra civilizadora de un gobierno ejemplar! ¡No habrán sido suyas también las palabras pronunciadas por el Presidente en un mensaje que dirigió al Congreso y que se cerraba con este párrafo digno de recordarse?: *Concluyo felizmente mi gobierno, sin haber tenido, en todo él, que informaros de guerras civiles, de intervenciones sangrientas, de levantamientos de caudillos, de empréstitos gastados en contener desórdenes y sofocar rebeliones, de depredaciones de indios, de partidos alzados y semialzados contra la autoridad de la Nación, sin haber decretado en fin, un solo día, el estado de sitio, ni condenar a un solo ciudadano a la proscripción política.*

Wilde amaba a los niños y escribió sobre ellos las páginas más logradas de la literatura continental. Aquí el humorista no podía ocultar la bondad de su corazón, ni convertir como en otras ocasiones su sonrisa en una mueca. El hombre se despojaba de su satinado y, a veces, irritante escepticismo, una máscara al fin, para ofrecernos un ros-

Eduardo Wilde desde Bruselas

tro embellecido por la ternura. Este era el Wilde verdadero, el que más se parecía a sí mismo.

En cierta ocasión le escribió a Joaquín V. González: *Hacer un buen discurso, estudiar una cuestión, desarrollar un problema, escribir un libro sobre ciencias jurídicas, plantear y desarrollar una doctrina, todo ello puede hacerse teniendo inteligencia e instrucción. Pero hacer sentir escribiendo, conmover, dejar esa angustia del deleite en el lector que acaba de recorrer una página, eso no puede hacerlo cualquiera.* Su gran pasión fue la literatura, pasión a la que no pudo consagrarse por entero pues le tocó actuar en una época y en un medio en que el escritor puro era rechazado por la sociedad. Una sociedad cuerda, desilusionada y pacata no puede admitir el fervor como un estilo de vida, una constante ignición como una conducta, una presunta arrogancia interior como un pasaporte. Ya se dijo que lo que determina la existencia de los hombres no es la conciencia, sino que su conciencia está determinada por su existencia social. Wilde médico, político, hombre de gobierno, tuvo que escribir en sus horas de ocio, nada abundantes, renunciando muchísimas veces al sueño, a las tertulias amables, a los placeres de la amistad... y aun al amor. Su esposa, Guillermina Oliveira Cezar, se quejó alguna vez a sus familiares del abandono en que la tenía. Sin dejar de reconocer, claro está, que las musas con las que la traicionaba nunca despertaron sus celos.

Por otra parte en aquella época, como en ésta, todo estaba por hacer en la Argentina, y conviene señalar que, antes de 1880, los presidentes se llamaron Mitre, Sarmiento, Avellaneda, y después los ministros se llamaron Eduardo Wilde, Miguel Cané, Lucio López, toda gente de pluma.

Wilde fue alumno del famoso internado de Concepción del Uruguay, donde tuvo de condiseñpulos a Olegario V. Andrade y a Julio Roca, sus amigos de toda la vida, y cuando se graduó de médico en 1870 debutó como cirujano interno para atender a los heridos que venían de la guerra del Paraguay. Escardó dice cumplidamente que Wilde no sólo vivió intensamente la condición de médico, sino que la

sintió en todos sus aspectos. Desde entonces dividió su existencia entre la medicina y la literatura, sin renunciar a aquélla por ésta como hicieron después Pío Baroja, Fernández Moreno, Jules Romains, Louis Aragon, Georges Duhamel, André Breton y tantos otros. *Wilde*, afirmó Sarmiento, *ha venido a salvar al país de la monotonía de lo recto y de lo estrecho*. Nada más cierto. A todo país le faltan hombres así, a quienes la política, la ingratitud, la diatriba, el hastío no consiguen apagar de su humor y sirven, por el contrario, de estímulo para espolpear las mejores vivencias de esos escépticos que creen en todo fanáticamente y alegremente.

Eduardo Wilde escribió además de todo lo que escribió, un tratado de álgebra, una *Higiene de las ciudades* y unas *Lecciones de Higiene* que aún hoy pueden leerse con provecho y que denuncian la universalidad —y la sensibilidad— de su cultura. Pero el escritor está en sus otros libros; hay que buscarlo en *Prometeo y compañía*, en *Páginas muertas*, en *Tiempo perdido*, en *Aguas abajo* y en el libro antológico y biográfico cuyo esquema dejó trazado Ricardo Rojas, *un libro que sería una especie de DIARIO, no como el de Amiel, pero si un diario que contendría la autodescripción de un hombre singularísimo. Cuando ese libro se haga, será uno de los más originales de la literatura hispanoamericana y uno de los pocos dignos de ser traducidos con éxito a lenguas extranjeras*.

Si bien realizó su obra apresuradamente —lo que hace mucho mayor su mérito, pues habla de la espontaneidad y la fertilidad de su talento— tironeado por el médico, el profesor, el político, el ministro y el diplomático, esa obra lo instala por derecho propio a la cabeza de su generación. Es cierto que por ese entonces el libro era una especie de clave mágica que abría todas las puertas. Los libros de Eduardo Wilde, no. Los mediocres, los oblicuos, los tortuosos, le temen a la risa. Las gentes aceptan que el prójimo se ría de sus debilidades o de sus ilusiones, pero no de su estupidez.

Alguien rastreó en Dickens las huellas de su humorismo. *Escribiéndome una vez desde Bruselas*, cuenta Angel Estrada, *evocaba cariñosamente los días de su convalecencia en Flores. Acababa de tener la*

Eduardo Wilde desde Bruselas

fiebre amarilla y lo habían hospedado en nuestra quinta: el dueño de la casa, enfermero letrado, le leía el Pickwick, el Copperfield, el Dombej, las aventuras de Yo, la muerte de Nicolás Nickleby. Cuando mi padre conoció la carta a que me refiero, me dijo que él no olvidaba que para Wilde, el mundo de Dickens había sido un deslumbramiento. Era muy natural que así sucediese, como que se encontraba interpretado al revés y al derecho, entre los seres y las cosas igualmente vibrantes, bajo esa ráfaga de sensibilidad que casi da vértigo.

Nosotros creemos, sin tener en cuenta la internacionalidad de las vacunas literarias, que el humorismo de Eduardo Wilde, muy inglés y muy tucumano por la sangre, nervioso y jugoso, ligero y pluviátil, ineisivo y humano, es totalmente suyo. Y tan portefío como la esquina de Buen Orden y Europa en la que se detuvo más de una vez para conversar de bueyes perdidos con el comisario de la parroquia.

Su actualidad reside en su obra de escritor y de hombre público. Las leyes que hizo sancionar conceden a su nombre una permanencia viva, polémica. Las páginas que escribió nos dicen que era un hombre de su tiempo. Y del nuestro también. Es decir de todo tiempo como los escritores auténticos. Observador agudísimo, viajero fervoroso, apocrisiario insuperable, sociólogo y psicólogo, tuvo numerosos atisbos geniales. Recordemos uno de la acuidad de éste que leemos en una carta que dirigiera al poeta Olegario Víctor Andrade:

¿Usted cree, señor don Olegario, en el triunfo definitivo del libre pensamiento? La conciencia humana es como una balanza. Si echa usted peso en un platillo el otro se levanta. Yo creo en algo más positivo: en el flujo y reflujo de la ciencia social. Si tapa usted un agujero en Europa, el error como los ratones, abre su cueva en América, en Asia, en Africa. Lo estamos viendo.

Eduardo Wilde no creía en la otra vida. Sin embargo, juraríamos que, desde allí, sus ojos azules y chispeantes nos observan sonriendo.

Olvidábamos decir que el día que falleció coincidió con la huel-

ga de campaneros de las iglesias de Bruselas. Todas las campanas permanecieron mudas ese 5 de setiembre. Y el silencio que nunca hace ruido, ese día hizo menos ruido que siempre para acompañar el último viaje de ese cristiano errante, insobornable y piadoso.

CÉSAR TIEMPO (Tinogasta 2426, Buenos Aires). Poeta, escritor y autor teatral. Nació en 1906. Entre su vasta obra, figuran los siguientes libros publicados: *Pan criollo* (comedia premiada por la Comisión Nacional de Cultura); *Libro para la pausa del sábado* (Premio Municipal de Literatura); *Exposición de la actual poesía argentina*; *El teatro soy yo*; *Sábado y poesía*; etc.